Feminismo en Italia

Nexos No. 23, nov. 79
1704

Un tranvía llamado Partido

• Rossana Rosanda

Laura Lilli y Chiara Valentín: (entrevistadoras) **In care compagne.** Editore Rutine, Italia, 1979.300 pp.

Perdida toda esperanza de un partido no masculino, las feministas frecuentan el más masculino de todos los partidos, el PCI. Con un doble pacto de no agresión, que lleva por nombre "doble militancia".

¿Cómo están las feministas en las filas del Partido Comunista? ¿Por qué están en él y cómo? Cierto es que no se quedaron en la nueva izquierda, por la cual una gran parte ha pasado. Las cincuenta mujeres entrevistadas por Laura Lilli y Chiara Valentini, la mayoría entre los veinte y los treinta años, están casi todas adscritas al PCI y todas practican con mayor o menor entusiasmo, con enriquecimiento o contradicción, la doble militancia: feminismo y comunismo. Ellas son el único tipo de afiliados al PCI que se declara dividido en dos, y con el cual este último parece haber constituido un pacto de no agresión: el partido las acoge (no creo que se pueda decir "acepta" y mucho menos "asume") y ellas "toman nota" de su línea política general.

Esta es la primera impresión de la lectura densa, interesante, de *In care compagne*. Pero quien —como yo— ha sido militante del Partido Comunista Italiano de 1943 a 1969, debe medir su distancia: más aún de testimonios como éstos o de algunas conversaciones con compañeros de base, que no dan los documentos políticos, o de las más encendidas discusiones; su renacer muestra cuánto ha cambiado el contexto del PCI durante la década de los setentas.

La revolución de las masas

La verdadera clave de lectura está en el cruce de este cambio político con la oleada de las masas que el PCI capitalizaba después del reflujo de 1968. Una oleada de retorno, en los despojos de la nueva izquierda, pero aún impetuosa y antagónico, radical, no "delegante" hacia un partido que en otro tiempo juzgaba como extremismo infantil la carga subjetiva de la "revolución", y que, en fin, reducía al máximo la política de mediación institucional (informes entre Estado Mayor, Parlamento, regiones, comunas, sindicatos, consejos distritales, bajo las ramas del "pluralismo").

Los años setenta del PCI están marcados por este doble signo sin precedentes que explica cómo un partido que en 1973 propone explícitamente el aplazamiento del socialismo e impone una ambiciosa base teórica para religitimar a la Democracia Cristiana; un partido que no respalda el divorcio, se opone al aborto y declara su rechazo al gobierno de la izquierda, se forja no sólo con votos, sino con las luchas de las grandes masas (de ningún modo "los estratos medios moderados") que concibieron todas estas tácticas, útiles, si no felices, con una consabida duplicidad. Entre esas masas estaban las mujeres, y entre las mujeres las feministas.

Diplomacia intestina

Las entrevistas —recogidas con "humildad" según Laura Lilli— hablan por sí solas. La mayoría de las militantes, y todas las que tienen una función de "cuadro" en el partido (un poco menos del UDI) vienen de 1968, se inscriben en el Partido Comunista entre 1973 y el año decisivo de 1975. Algunas vienen del movimiento de 1977 y se inscriben en 1978. Todas, excepto algunas militantes más antiguas o comprometidas a nivel teórico, no son comunistas que descubren el feminismo (esto es, que cumplen la evolución de la UDI, de 1973 a 1978) sino que ha experimentado en forma más o menos comprometida la nueva izquierda y la han dejado en diferentes momentos con el descubrimiento del feminismo.

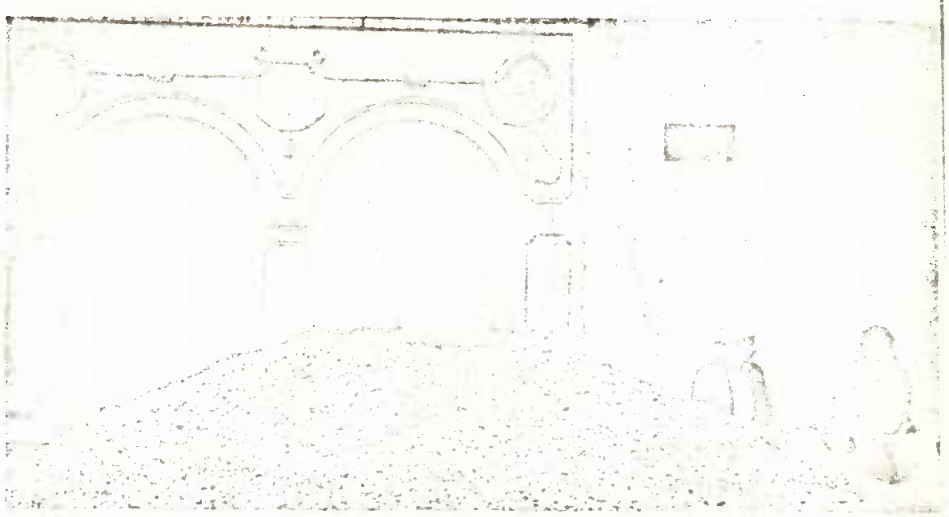
El único grupo de la nueva izquierda que ofreció su rompimiento de identidad, como consta en muchas entrevistas, fue *Il Manifesto*. Esto sucede en la fase de unificación con el PDUP, cuando el objetivo secundario que las feministas parecen proponerse —el nacimiento del "menos malo" de los partidos masculinos— concluye en la derrota de la izquierda unida en las elecciones de 1976. De la nueva izquierda queda visible sólo la imagen de una lucha entre grupos dirigentes, en los cuales aparece clara la naturaleza masculina, de poder, violencia o maniobra. No sólo Bianca María Frabotta, sino Paola S. di Milano y un testimonio anónimo, imputan a esto su decisión de abandonar los grupos: comprendido "el más diplomático de todos ellos": *Il Manifesto*.

Para la mayoría, esta tendencia insoportable aparece sobre todo en 1976.

(Servicios Especiales de *Il Manifesto*, por cortesía de **unomásuno**. Traducción de Lucía Acevedo Villarreal. El título y los subtítulos, a cargo de la Redacción).

Muchas se van al Partido Comunista. Y quienes provienen de esta nueva izquierda reflejan una visión diferente, un "laicismo" sin prejuicios: si puedo decirlo así, ahora se ingresa al PCI como se toma en tren, para acortar el camino entre uno mismo y las masas. Porque es el instrumento más importante de socialización, porque es la supersitición: algo se puede hacer en el camino. Es posible dar al trabajo mismo una proyección que no condene al aislamiento, y que no disperse en grupos o asociaciones feministas.

Paradójicamene, "lo menos femenino" resulta una especie de cinturón de seguridad para las batallas entre las mujeres; al menos, en el partido se puede hablar y sentir la posibilidad de que el hombre siga conductas diferentes. Por encima de todo las mujeres no quieren desgarrarse entre ellas como hasta ahora ha sucedido. Es cierto que las afecta la competitividad: el partido ofrece la masculinidad enemiga y los hombres de carne y hueso, a menudo silenciosos, a menudo avergonzados, algunas veces francamente odiosos ("palpemos a estas feministas veamos si llevan la bomba", dice un miembro de los metalmecánicos). La agresividad puede descargarse sobre ellos.



La reivindicación feminista

Las experiencias de la compañera de Arezzo y muchas otras son elocuentes: las comisiones femeninas casi habían desaparecido, la UDI vivía su trabajo, la joven entra al PCI y conforma un cuadro porque realmente organiza su propio grupo de mujeres, gracias a un lenguaje totalmente diferente —hablado, no "politiquero" y gesticulador. De pronto —aunque intuya la confidencia— interroga a una compañera sobre su matrimonio, no por táctica, sino porque esa necesidad toca una cuerda doliente. Ofrece una relación que no es sólo "hacer" esto o aquello contra el patrón y el gobierno, sino para "ser", reconocida y amiga, similar y diferente, respetada y compadecida en el duro y solitario convivir con el hombre.

Esto es en los términos más simples el "feminismo"; un sistema directo de comunicación. Con él, la feminista lleva a otras mujeres al PCI, puede reivindicar algunas de sus necesidades, y quizá destacarlas. Al consejero comunal o regional preparado para "adecuarse" a los acuerdos de gabinete, la presión de las feministas dentro y fuera del partido le hacen cambiar de idea: adquiere la certeza de que si no "se adecúa" a ellas antes que a la DC o al Sindicato, la falta de disciplina impondrá el aplazamiento de sus demandas.

Es un dar y recibir conflictivo, pero la zona de conflictos está limitada. Como contrapartida, las militantes —al menos eso se deduce al leer las entrevistas de Laura Lilli y Chiara Valentini piden cuentas a la línea general. 1974 fue para ellas el año del entusiasmo seguido por la victoria sobre el divorcio. Ninguna recuerda que ese también fue el año

cabos sueltos | cabos sueltos | cabos sueltos | cabos sueltos | cabos sueltos

▶ de la 17

energética no se ha acometido ni analizado y se estudia por encima, se señalan algunos detalles de forma y se ignora el contenido (. . .) no hay ni análisis político ni sindical (sino) (. . .) incapacidad, incluso teórica, de algunos santones marxistas para ponerse al día."

En el PCE, que muestra la actitud más favorable hacia la energía nuclear dentro del campo de la izquierda, predominan "los análisis de derecha, eminentemente técnicos, pronuclares". Se diría que el PCE está empeñado en superar y mejorar los programas y los planes de la derecha en el poder; "sus observaciones tienden a *aumentar la eficiencia* del sistema energético". El PCE proclama las excelencias de la energía nuclear y llega a afirmar en su periódico que "la energía nuclear es el método que resulta más seguro, limpio y barato para producir electricidad". El propio Santiago Carrillo se ha pronunciado: "Estoy convencido de que ningún país moderno puede renunciar a las centrales nucleares". El PCE propone algunos condicionamientos a la energía nuclear que son "pura divagación y puro relleno" según Costa Morata. A la derecha de la dirección del PCE se encuentra la "proclividad tecnológica", la derecha que va más lejos, más productivista que la burguesía, la obsesión por aumentar la participación nacional en la tecnología nuclear. Así Santiago Carrillo hijo propone la creación de una empresa española constructora de centrales nucleares, tipo Framatome "permitiendo incluso la exportación a terceros países". Pero el PCE ya no es tan monolítico como en los buenos tiempos. Los militantes del PCE han estado, en algunos sitios, al frente de la oposición a las centrales nucleares, y no se trata solamente de militantes de base. Incluso hay un Secretariado Provincial, en la ciudad de Soria, que está dirigido por un connotado antinuclear.

Desmadre y democracia

El PSOE se encuentra en una situación mucho más confusa que el PCE. A la derecha se encuentran Enrique Tierno Galván y otros dirigentes que repiten las usuales consignas productivistas sobre el ritmo de crecimiento y el nivel de bienestar de la población, que inevitablemente imponen la opción nuclear, que no hay otra salida, etc. La posición oficial del Partido, expresada por Javier Solana, es más matizada: "a España nos la han nuclearizado caoticamente, al servicio de los intereses privados y no de los intereses generales", es decir propone una nuclearización ordenada, socialista y no capitalista. ¿Espera que haya un gobierno socialista para apoyar la nuclearización? Lo único concreto es que el PSOE pide una moratoria "indefinida y muy ambigua" para las centrales en proyecto. "Si una investigación demostrara que las centrales son necesarias, entonces iremos a una nacionalización o mayor control del sector". La nuclear-

▶

de la ley real. Las entrevistas son todas de 1978, pero ninguna hace alusión al referéndum.

La cabeza está en la base

En ocasiones, el "basismo" de las feministas del PCI es explícito, pero con más frecuencia su actitud política se adscribe a la "línea general". Por lo común, ninguna de ellas remueve el 1968, y poquísimas el 1977 (sobre este último, el juicio está dividido: para algunas significó la "feminización del movimiento"; para otras, más agudas, el año en que la farsa se revistió de feminismo). Todas ellas sacan a cuento las elecciones y el terrorismo (apuntando con impaciencia que este último es una pérdida de tiempo y una distracción inútil), o bien discuten el caso Moro. Brillan por su ausencia los nombres específicos de los dirigentes o de los hombres de Estado. ¿Todo esto depende de las demandas? Puede ser; pero es sintomático que ninguna se sirva de esos puntos de referencia. Si la lectura no me traiciona, el único dirigente que se cita es Berlinguer, quien asume una de las direcciones más burocráticas. Ha declarado: "El proceso de revolución social y el de la liberación femenina deben ir al mismo paso". Con esto quiere decir que las feministas del PCI pueden vocear y practicar la liberación pero hasta ahí: ya han comprendido que la política es el "arte de lo posible", como escuetamente afirma una de ellas.

Contra el machismo y el capital

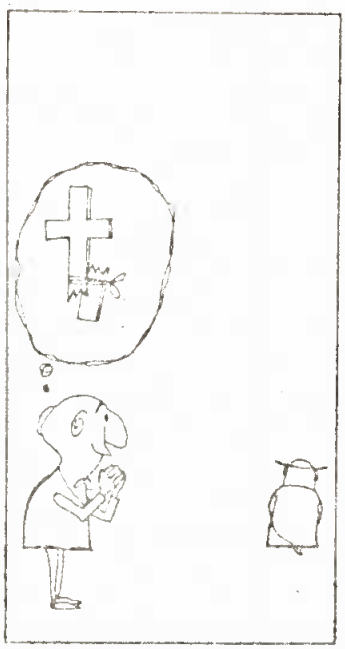
Hasta aquí, el pacto implícito es similar al de otros obreros desilusionados que en los últimos años han ingresado a las filas comunistas. Sólo que para las feministas es diferente, en la medida que su sepración está dividida de las demás "minorías"; ellas, en efecto, están acostumbradas (como dicen inteligentemente muchas de las entrevistadas) a la "doble militancia": la experiencia de una duplicidad en planos vitales: el suyo y el de los demás; el mundo masculino y el mundo de la política. Qué tanto puede ajustarse el Partido Comunista a una convivencia donde fuere posible ejercitarlo todo, haciendo a un lado la hegemonía, es quizá menos interesante que la existencia de esta realidad de dos bandas.

Con dos criterios diferentes sobre lo que es esencial o no, las feministas y Berlinguer pueden hacerse no pocas concesiones recíprocas. Cuánto puedan conciliar es otra cosa. Exceptuando a las mujeres que realmente se mueven a nivel de base —las mujeres de Pero, las obreras de Phillips, el "pequeño grupo" o las ancianas que finalmente hablan de la menopausia en términos serenos, revelándose sus temores y dándose apoyo mutuo—, las otras se encuentran frente a contradicciones agudas que los "perros sueltos" no tienen; pero las pagan con el precio de la soledad, el retiro en el estudio, la afirmación polémica de una "nueva"

cabos sueltos

zación debe pasar por una moratoria, pero ha de continuar, a ser posible en manos socialistas o del Estado, que todo lo purifica y regenera aunque sea Estado burgués. Morata concluye que falta una elaboración colectiva en todas las organizaciones de izquierda, y de ahí que "abunden las opiniones distintas, frecuentemente contradictorias, como en el caso del PSOE, que lejos de significar la libertad y la democracia reinantes en su interior, denotan un desmadre por ausencia de análisis serios."

Nuestro autor señala que el éxito inicial del capitalismo consiste en que las fuerzas anticapitalistas se niegan a asumir el debate ecológico, "generalmente por razones de *progreso* y *desarrollo*", que la izquierda da muestras de pesimismo y fatalismo, un fatalismo "absolutamente opuesto a un socialismo creador e imaginativo" y que el fenómeno nuclear ya ha demostrado su fecundidad al poner en evidencia "la incapacidad de las fuerzas anticapitalistas."



El seguidismo soviético

La actitud del PCE es coincidente con la de sus hermanos eurocomunistas, y coincide con la actitud dura de la Unión Soviética, que continúa su política de expansión nuclear —por supuesto que en ausencia de toda oposición, con excepción del comunista Wolfgang Harich, de la República Democrática Alemana, quien fue enviado al otro lado a proclamar sus disidencias— y condena frecuentemente la rebeldía antinuclear en la Europa capitalista. Morata sostiene que aunque los eurocomunistas ya no creen en la revolución, se ciñen a las creencias cuasirreligiosas sobre el papel salvador de la energía nuclear que provienen de la Unión Soviética. Coincidimos en el señalamiento de la influencia ideológica soviética sobre los eurocomunistas, pero creemos que más que una creencia cuasirreligiosa se trata de la creencia implícita en un modelo de sociedad y en la falta de análisis sobre el posible papel de la tecnología en una sociedad socialista. La Unión Soviética es *seguidista* en materia tecnológica respecto al mundo capitalista, los eurocomunistas son seguidistas respecto a la Unión Soviética. Mientras no se rompa

a la 24 ▶

emancipación, algún esnobismo ("ellas me obligan a revisar los Grundrisse").

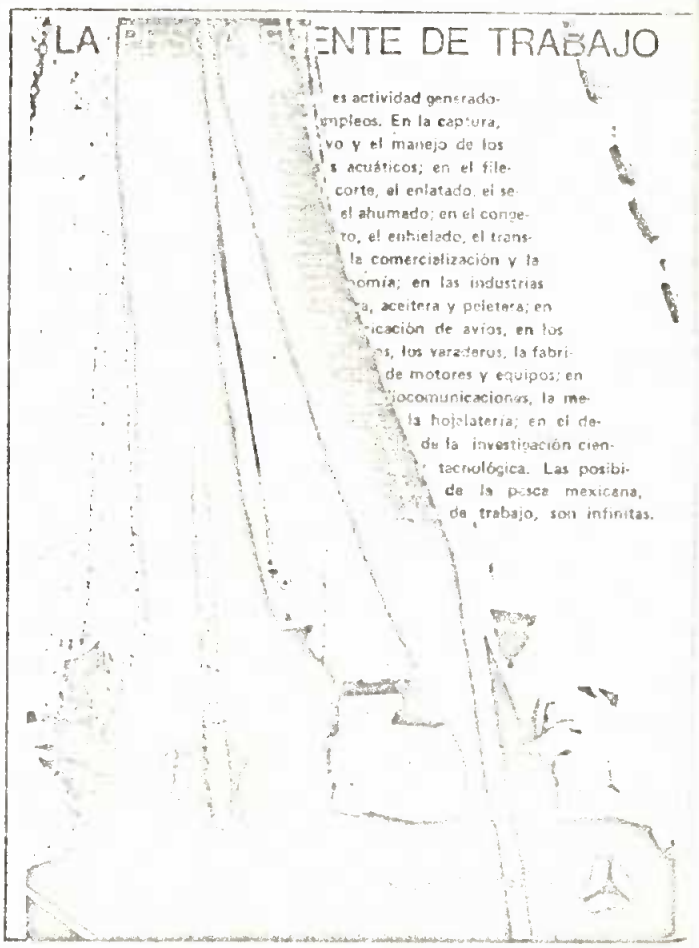
La militancia dual

Todas dicen que han comprendido lo que ocurre "a partir de sí mismas". ¿Qué significa esto? Han aprovechado su inscripción en el PCI para formar un doble frente de lucha: el del PCI y el de las mujeres al margen de él que desconfían de las comunistas, y que sufren pacientemente. El gran amor que sienten por la UDI se debe a que la UDI se ha abierto paso como institución y se ha vuelto autónoma ahora garantiza un tipo de organización al menos parcialmente nuevo. Pero en el partido es diferente. Se vive con tranquilidad el extrañamiento o comienzan a perfilarse ideas inquietas: el feminismo como un hecho personal que "no sirve para cambiar el mundo", o como explicación de "la necesidad de cambiar todo", pero un todo tan inmenso para mujeres tan solitarias, que por lo pronto se repliegan "al modo de comportarse entre mujeres".

Cambiar es un hecho que, quiérase o no, atañe a otros (la política es de otros), o bien es ante todo "un hecho personal" no porque basten una cosa u otra, sino porque todos son "planos parciales". Pero la persona se escinde no sólo en la doble militancia, sino en la descomposición de un sitema que se vuelve ininteligible e incomunicado.

Las dos mujeres cuyas intervenciones resultan más problemáticas, ambas inscritas en el PCI, son María Luisa Boccia y Francesca Izzo. Ellas multiplican las interrogantes y abordan las cuestiones de fondo, especialmente la Boccia, cuando pregunta qué cosa es este partido y a hacia dónde vá. La más problemática de las feministas no inscritas en el PCI, Anna María Crispino, que ha estado mucho tiempo (y lo está todavía, según creo) en el PUDP, señala un distanciamiento. La doble militancia la viven felizmente sólo las identificadas con un trayecto de liberación y pacificación personal, una emancipación concreta de la esclavitud interna y externa. Reencontrada una identidad, el yo —punto de partida que ninguna señala *qué cosa es,* como si viniesen del Espíritu Santo— el yo, repito, también puede apoyarse sobre los dos planos.

26 años de militancia la garantizan

Si no me equivoco, el sello del PCI no ha censurado todavía este libro apasionante. Se puede entender que el "habla fresca" de todas estas mujeres, la absoluta falta de sacralidad, la poca memoria, la poca generosidad contra "las viejas", liquidadas todas como "economicistas" o despechadas con un poco de piedad, irrita a los grupos dirigentes. Son mujeres y jóvenes que, teniendo o no cargos ilustres, hablan un lenguaje que Asor Rosa ni siquiera soñaría.

El PCI no modificará al feminismo el feminismo no modificará la línea del PCI. En cuanto a la "visión" de este, su *ser* como cuerpo viviente, es otra cosa. En mis veintiséis años de militancia comunista, las dos cosas fueron una. Ya no es así, y sospecho que el feminismo es sólo la forma más aguda de una duplicidad: la que va asentándose en la política por el peso predominante, respecto al pasado, de la "persona". Que esto sea o no un síntoma de crisis sólo puede decirlo el que, como en la Palmonita, la crisis sea el paso necesario para reponerse. Si, por el contrario, "crisis" significa que algo debe morir, no estoy segura de ello. O más bien no lo sé: estoy aprendiendo a ser mujer en edad no muy lozana.